

MODAS.

La moda empieza ya, como la naturaleza, á rejuvenecerse: dentro de poco el árido suelo del invierno estará alfombrado con ese tapiz de verdura cubierto de rocío que es exclusivo de la primavera: los árboles, hasta convertidos en desnudos esqueletos, esparcirán sus ramas cargadas de flores y de hojas; y el cielo, cubierto de nubes sin contorno, cenicientas y frias, ostentará su bellísimo azul sin mancha, ó se presentará matizado con graciosos grupos de nubecillas color de rosa y blancas como el armiño.

La moda, que sigue forzosamente á la naturaleza, porque su destino es satisfacer las necesidades de las diversas estaciones, empieza ya á alterar, no solo los tegidos que han de emplearse en los trages, sino tambien las hechuras y adornos con que trata de enriquecerlos.

Sin embargo, no por esto ha de creerse que se ha trastornado todo lo existente; las reformas se verifican con lentitud, y las que parece preparar el año 47 llevan esta marcha.

El exámen de nuestros figurines del mes de marzo persuadirá de la verdad de lo que decimos.

De Señora. La lámina 142, que verán nuestras amables lectoras, tiene tres figuras: una jóven elegante con trage de casa, ó en bata y gorra, y dos niños, todos vestidos con sencillez y con gusto.

La nueva bata de la figura de la derecha, nueva por su corte, y mucho mas por el género empleado, es de cachimir azul-Luisa, con los bordes de las diferentes piezas que la forman, así como el bajo de la falda, estampados á máquina, de un floreado caprichoso, pero de una riqueza de colores increíble. La cenefa del bajo tiene de anchura de dos á tres cuartas. Ignoramos que estos cortes de bata tan elegantes hayan llegado aun á los almacenes de Madrid.

El vestido que se ha de usar debajo, de ba-

tista blanca, no tiene otra hechura que la de una blusa sin cintura; sus mangas terminan con unos puños de encaje, que se abrochan sobre las muñecas con uno ó dos botones gemelos de rubíes, esmeraldas ó diamantes.

La bata tambien tiene esta misma hechura, pero abierta toda por delante como un levita de hombre; las mangas son perdidas, y ensanchan bastante en su boca; cúbreala una esclavina cuadrada que solo se cierra en el cuello, cubriendo su parte superior con una corbata de terciopelo oscuro y una golilla de encaje.

La gorra, de punto de Inglaterra, queda completamente sentada en la parte superior de la cabeza, rizándose la guarnicion, desde sien á sien, por detrás: la cinta con que se adorna la gorra ha de ser del mismo azul de la bata.

La niña, segun el modelo, lleva una capota de gro ó tafetan de Italia blanco, con pluma tambien blanca; el interior puede ser color de rosa. La corbata es de terciopelo carmesí ó punzó.

El trage es una especie de *drulleta* abotonada hasta arriba, de tafetan de Italia, color de rosa; sobre el vestido lleva su *pardesú*, ó corpiño con caída, de la misma tela; solapa vuelta, y manga corta y abotonada.

Su pantalon libre, guarnecido de encaje, completa el trage de principio de primavera.

El niño está tambien vestido con suma sencillez; lleva la gorra de terciopelo lila, con la franja, así como los botines, escoceses. El tonelete de paño negro hace muy bien; las mangas son perdidas, y además tiene una solapa postiza del mismo paño, que guarnecida de agreman, pasamanería, ó un encajito negro, viene á reunirse en la cintura, con lo que le hace un cuerpo muy gracioso.

El pantalon es mas bien calzon, suelto y guarnecido de encaje blanco.

La variacion notable, que como nosotros observarán cuantos miren la lámina, fuera de los cortes de cachimir estampados para esta clase de batas, es, que los talles de las tres figuras casi

se hallan colocados en su altura natural....: tememos que tal vez no dejen de subir hasta tropezar en los brazos.

De Caballero. Las tres figuras de la lámina dejan ver que volvemos con todas las categorías al justo medio, que tanto favorece el exterior de las personas; y decimos con todas las categorías, porque además del traje usual de frac ó levita, nos ofrece el *Parisien* un funcionario de elevada categoría y un lacayo.

La figura de la derecha, que es para nosotros la predilecta, conserva el mismo peinado que hace ya un año se halla adoptado: la corbata es una chalina de raso, listada de azul-Luisa y blanco. Nosotros aconsejamos á los morenos que no caigan en la tentación de ponérsela.

El chaleco blanco, de solapa seguida, debe ser de merino con preferencia á piqué; el color del dibujo no lo hubiera hecho conocer fácilmente. La levita negra vuelve á hacer furor en París: el cuello descotado, pero bastante ancho; la manga sin vuelta; el talle poco mas bajo que el natural; los faldones hasta lo alto de la rodilla, y por consiguiente mas largos que los que se han llevado, con algun vuelo detrás, y el estar sobre todo ceñida al cuerpo, la hacen sumamente airosa y presagian su completo triunfo.

El pantalon de color claro, pero muerto, sin trabillas; la bota de charol, mas corta que las actuales, aunque no tanto como el pie, completan esta figura esbelta que todos debemos imitar.

Los sombreros poco han variado; los mas comunes tienen la copa un poco mas angosta de arriba que de la entrada: el guante color de carne alterna con el caña.

La figura del medio ofrece el corte que han de tener los uniformes de etiqueta. Corte sencillo y elegante, si se cuida de que al dejar la abertura de un mismo ancho en toda ella, descubra un chaleco blanco primorosamente bordado.

Calzon corto de cachimir, y el sombrero menos exagerado que los del día, es lo último que

recomiendan desde París á los que quieran contener los extremos, siempre ridículos, de la moda.

La casaca del lacayo tiene la misma hechura que la de la figura anterior, sin otra diferencia que la de no hacer martillo el arranque de los faldones.

El capricho de guarnecer el chaleco blanco con franja de librea, no sabemos que éxito pueda tener: no así el uso de la peluca blanca, que está muy generalizado, y en Madrid cuenta algunos imitadores.

GERARDO Y EMILIA.

NOVELA.

IV.

CAMBIO DE SENTIMIENTOS.

El recuerdo pacífico que habia sucedido en Gerardo á los arrebatos de su primera pasión, puede decirse eran el necesario cimiento para asegurar la obra de su tranquilidad futura. La Omnipotencia, que jamás abandona al hombre de buenos sentimientos, obró de esta manera en el corazón del joven amante, porque velaba por él, como siempre ha velado por la bondad y la nobleza.

Romero, que con la mas tierna solicitud trataba de apagar el último resto de una pasión que hacia infelices á Gerardo y á su padre; al primero porque Emilia distaba mucho de tener las bellas cualidades que su amante suponía, y á su padre porque naturalmente le agobiaba el ver cómo Gerardo caminaba loco á su perdición; fué distrayéndole con el tacto mas esquisito en

sus meditaciones, haciéndole aceptar primeramente partidas de caza y de campo, y despues todos los goces que la sociedad ofrece.

Así Gerardo se trasformó insensiblemente en uno de los primeros elegantes de Sevilla, y continuamente se le veia en el teatro rodeado de otros jóvenes bulliciosos de la mas alta categoría. Cien bellas fijaban en él sus espresivos ojos, dando á entender bien claramente cuánto les interesaba su hermosa figura y su melancólica fisonomía: alguna mas decidida ó audaz casi llegó á manifestarle claramente el amor que la inspiraba, de aquella manera insinuante que corresponde esclusivamente al bello sexo; pero Gerardo, en cuyo pecho se albergaba la constancia misma; Gerardo, cuya lealtad era estremada, padecía un desasosiego y un mal-estar insufrible con semejantes indicaciones; así, lejos de dejarse arrastrar de la hermosura de jóven alguna, sentia por el contrario mayor despego que hacía las que á sus ojos aparecian indiferentes: estas luchas continuas le arrancaron mas de un suspiro, que dirigia al recuerdo de su Emilia, pero suspiro de paz.

Una noche entre tantas, en que distraido recorria con su hermoso antejo todo el teatro, fijó un momento la vista en un palco principal, donde estaba una jóven agraciadísima y jovial riendo con un caballero, cuyo rostro no se veia, elegante y muy decididor al parecer. Despues de un momento de contemplacion dijo con voz casi imperceptible: «no puede ser!» y volvió la vista al palco inmediato.

Sin embargo, la impresion era demasiado profunda para que Gerardo dejase de volver á colocar delante de su vista maquinalmente los gemelos, y fijase de nuevo su atencion en la beladad risueña, que así le habia conmovido.

En efecto, aquella jóven era Emilia; pero muy variada respecto al exterior, que Gerardo tan impreso tenia en su memoria. La Emilia que él amaba era pálida, triste, apasionada y pensativa; la Emilia de ahora tenia un bello color

de rosa en sus mejillas; sus cabellos, hechos tirabuzones, exageraban ondulando sus rápidos y violentos movimientos; su risa era casi escandalosa; por eso Gerardo, desconociendo tales maneras, desconocia al ídolo de su cariño.

Contemplándola estaba y luchando consigo mismo, cuando una mano vino á sentarse en su hombro. Volvió la cabeza súbitamente y exclamó:

—Adios, conde.

—Adios, Gerardo.

—Veo á usted muy alegre, ¿qué sucede?... esta noche parece ser la destinada á la jovialidad y buen humor!

—Quien ha podido sugerir á Gerardo esa idea, es quien me ha vuelto la felicidad y el contento.

—¿Cómo! ¿y usted sabe?...

—Sí, amigo, aquella hermosa que está en aquel palco llamando la atencion de todos, es la que me pone alegre y á usted le provoca esa frase.

—Es verdad: ¿usted la conoce?

—¡Ay! ¡amigo!... ese es el secreto que hizo causára en mí tanta impresion la narracion de vuestros amores. Esa mujer á quien amé siempre con delirio, la bella Julia, fué separada de mí, porque mi padre me sacó de Sevilla para recorrer la Francia y la Bélgica!...

—Decid, conde.... continuad....

—La reserva que mi padre usaba conmigo me ha hecho sospechar muchas veces que no era el simple gusto de ver paises instruyéndome el que le decidió á hacer aquel viaje precipitado, y en época en que su presencia en nuestra casa era tan necesaria.... Hay mas; algunas cartas de Julia que yo llevaba siempre sobre mí habian desaparecido dos dias antes de aquel viaje, que casi pudo llamarse fuga; así que constantemente creí que mi padre habia descubierto mis amores.

—Seguid, conde, me interesa....

—Abandoné á Julia.... pero la abandoné con el corazon partido de dolor, no solo por el terrible suplicio de no verla, que al cabo la esperanza sabe mitigar, sino porque quedaba en la miseria, é iba á ser madre....

—¡ En la miseria!...

—Sí, Gerardo, nada tenía en este mundo; nadie la tendería una mano bienhechora mas que su amante. Es verdad que yo con las prodigalidades que usaba tal vez la di un patrimonio suficiente para lo futuro; mas como nada debía apurarme sobre mi porvenir, yo mismo la escitaba á consumirle y gastarlo todo, diciéndola: ¡Seamos felices, ya que la suerte nos lo facilita!!...

—Y.... ¿en fin?

—En fin, marché siempre pensando en ella: al poco tiempo falleció mi padre, y yo con este nuevo golpe volví al punto, mas enamorado que nunca, buscando á mi Julia.... habia desaparecido.... Todas mis pesquisas en Sevilla y fuera de Sevilla fueron inútiles; aun diré que ni habia abandonado el continuarlas, ni mucho menos la esperanza de volverla á hallar; pero fué consiguiente el caer en un abatimiento espantoso, en una tristeza indefinible, que solo podia soportar con la vida del campo. Por eso me retiré á mi cortijo del Castillo, y allí, con los serranos de las cercanías, disponia batidas frecuentes, que al menos vigorizaban mi naturaleza y distraian mi imaginacion. Por las noches escribia tres ó cuatro cartas á mis amigos, pidiéndoles noticias, y me acostaba en seguida pensando en mi Julia y adorándola cada dia mas.

—Pero esa Julia....

—Esa Julia es la que está en aquel palco.

—¡Cómo! Conde, ¿eso es cierto?

—Sí, Gerardo; concibo bien esa sorpresa despues de mi narracion; pero la acabaré, y quedará satisfecha la deuda de la confianza que usted me dispensó en nuestra primera entrevista.

—Sí, conde.... sí, estoy como loco.... seguid.

El conde, juzgando estas palabras como un efecto de la amistad y simpatía de Gerardo, le tendió la mano cordialmente, y prosiguió diciendo:

—Hacia ya algun tiempo que dí en la tenaz idea de dudar si habria tambien espirado, y escusando ahora reproducir los lamentos y torman-

tosos recuerdos que me affigieron, me limitaré á decir que pensé en mi hijo, y al fin, buscándole, llegué á saber le tenia una aldeana de Coria del Rio, á quien Julia le habia dejado, dándole una mesada del salario convenido. La aldeana nada ha vuelto á recibir, como ni tampoco ha tenido noticias de Julia; mas el cariño que la escitó la criatura hizo que no la abandonára.

—¿Y cómo supisteis ser vuestro hijo?

—Nada mas fácil: Julia habia dado mi nombre, y su fé estaba estendida tambien con él; de modo que....

—Entonces, esa nodriza debió buscaros.

—Cuando yo la dije eso mismo me contestó, que cuando nadie la buscaba sería porque no podíamos, y en tal caso era imprudente arriesgarse á affligir á nuestras familias.

—¡Tenia razon!... repuso Gerardo con una tranquilidad, que contrastaba notablemente con la ansiedad anterior. Y dilatándose su corazon como á una persona que descansa despues de una carrera violenta, dijo:—Y bien, teneis vuestro hijo, y ahora encontrais á su madre.... ¡Sois feliz!... yo tambien conozco que empiezo á serlo.

—Oid, continuó el conde del Juncal; llevaba ya una vida menos triste, cuando anoche mismo recibí esta carta de un amigo que reside aquí. Quiero leerla para terminar mi historia: «Amigo conde, vuestra Julia se halla en Sevilla, la he visto en el muelle; no sé dónde vive, pero parece hacer una vida de recuerdos; pues iba sola, y aunque su fisonomía es risueña, no sé por qué la creí pensativa y como desdeñando mezclarse con las gentes. Sea lo que quiera de esto, cumplo vuestro repetidísimo encargo de daros las noticias que alcance. Sin mas, se repite vuestro, etc.»

En el momento mismo que recibí esta carta dispuse mi marcha, decidido á unirme á Julia para siempre: llego, y no habiendo encontrado á mi amigo en su casa, corro al teatro, adonde es su costumbre concurrir, y tampoco le hallo, pero en cambio encuentro á usted y veo á mi Ju-

lia, y con esto me veo mucho mas satisfecho.

En este momento se levantaba el telon, y el diálogo quedó interrumpido.

(Se concluirá.)

RESEÑA HISTORICA

DE LOS TRAGES, DEL LUJO Y DE LAS MODAS.

Artículo 2.º

El lujo y modas en España pueden dividirse en cinco períodos: el primero comienza desde la invasion de los godos hasta la de los moros; el segundo hasta el siglo XI; el tercero desde este siglo hasta la mitad del XIII; el cuarto desde la mitad del XIII hasta el XVI; y finalmente, el quinto desde este último hasta el actual.

Si por lujo se entiende la finura y estudiada delicadeza en los objetos de gusto; la emulacion por presentarse en público con trages mas distinguidos que los demás de la misma clase; la ánsia de parecer bien y de adornarse; la vanidad de mostrarse hombre civilizado, se puede decir absolutamente que entre los godos no hubo lujo. Las artes no tenian con que tentar la curiosidad ni el deseo de unos hombres que hacian vanidad de su ignorancia, y de despreciar todo lo que no fuese armas y aparato de guerra; sus trages eran unas pieles groseras y mal cosidas, sin mas diferencia entre los grandes y la plebe que lo mas ó menos tosco de ellas. Hasta Leovigildo aun los reyes no habian usado en España de distincion alguna en el modo de vestir: toda su gala consistia en una espesa cabellera. Tal era el traje que usaban los godos cuando se establecieron en nuestra Península, y desde cuya época empezaremos la historia de las modas en España.

El grande ódio que aquellos bárbaros tenian á los romanos, junto á su natural ferocidad, fué causa de que, lejos de tomar de ellos, á lo menos aquellas cosas que sirven para el gusto y comodidad de la vida, hicieran punto de honor el despreciarlas.

El desprecio y abandono de las artes; la falta de comercio; la escasez de moneda; la poca industria, nacida del ningun estímulo que la fomentára; todas estas cosas, de que la historia gótica nos presenta las pruebas mas ciertas y verdaderas, son incompatibles con la abundancia de objetos y con la variedad, de donde nacen las modas.

Así permanecieron aquellos pueblos hasta los últimos años de la monarquía gótica, en que se empezó á introducir el gusto á la magnificencia y á la suntuosidad, desde cuya época el lujo en los trages fué tomando incremento en nuestro pais. La corte de Witiza abundaba de deleites y de un lujo exorbitante, el que fué en aumento en tiempo de Rodrigo.

La paz trae muchísimas ventajas á las naciones civilizadas, pues los individuos mudan de ideas y se esmeran en adelantar su fortuna por medio de las artes; el ingenio se emplea en inventar nuevos caprichos con que satisfacer el gusto en todas las cosas deleitables, y el lujo en las modas, por razon natural, crece á medida que estos objetos se aumentan. En esta situacion estaba la corte de D. Rodrigo al tiempo de entrar los moros en España; mas con la guerra que se originó con este motivo entró la desolacion, la miseria y demás efectos que trae consigo, por lo que se abandonaron las artes y no hubo lugar de pensar en modas, ni menos en lujo. El vestido de aquellos tiempos era unas gramallas largas hasta el suelo, con antiparras y capiroteras, cogulla en la cabeza, sin calzas ni medias, y barba larga; pero con el roce continuo que los españoles tuvieron con los mahometanos muy pronto fueron tomando de ellos varios usos y costumbres y muchos géneros de lujo; pues en los instrumentos que aun existen

anteriores al siglo XI se hace mención de alhajas, joyas, ropas y otros ricos objetos, que no pudieron venir de otra parte que de las provincias de España sujetas á su dominio. Tales son las telas de seda, paño de oro y varias alhajas, que en su hechura y nombre están denotando su origen árabe.

En tiempo de Alonso VIII el trato con los extranjeros, y particularmente con los italianos, que fueron los primeros que empezaron á civilizarse en esta parte de Europa, introdujo en nuestro país nuevos conocimientos en las artes, y el gusto y modas de los romanos; desde entonces el lujo en los trages fué tomando incremento y apoderándose de todas las clases de la sociedad, hasta que en 1229 una orden de Alonso IX puso tasa á las hechuras de los sastres, y de este modo logró contenerlo algun tanto. Cataluña fué la que mas se distinguió en aquellos tiempos respecto al lujo y al buen gusto, ya sea porque cultivára las artes antes que ninguna otra parte de España, ó ya por el grande comercio que sostenia con los países de Grecia, Pisa, Génova, Sicilia, Alejandría y Palestina; y como el comercio de aquellos pueblos consistia principalmente en telas esquisitas y otros varios artículos de puro lujo, precisamente debió este estenderse á proporcion del número de los que contrataban. Mas tarde los usos y costumbres del pueblo catalán se fueron estendiendo por el resto del reino.

El fervor católico que reinára en España en tiempos de D. Pedro II fué causa de que se estrechára mas y mas nuestro trato con los italianos; esto, unido á la facilidad que ya por otra parte tenian de introducir en nuestro país sus modas y costumbres, aumentó el lujo de tal modo, que dió motivo á que D. Jaime I, por los años de 1234 espidiese una ley suntuaria para atajarlo, así en el vestido como en los demás objetos que sirven para la comodidad de la vida. En el vestido vedaba los estampados, listados ó trepados; los adornos de oro y plata, oropel, cebellinas, armiños y luras recortadas, per-

mitiendo estas pieles solamente para guarniciones en el canto de las capuchas, mangas, etc.

Tambien las funciones públicas, torneos, justas, y otros juegos que tenian los caballeros para adiestrarse en las armas y ejercicios de la caballería, en los que, estimulados por la concurrencia y el aplauso, se esmeraban en presentarse con la mayor ostentacion y lucimiento, unido al orgullo de competencia, que se animaba mucho mas con el espíritu de galantería, contribuyó bastante á que se acrecentase el lujo en España y llegase á esceder aun al del antiguo imperio romano.

En 27 de febrero de 1256, es decir, ocho años despues de la conquista de Sevilla, D. Alonso X espidió una orden reformando varios excesos, así en las telas como en las hechuras de los vestidos, y poco despues varias leyes suntuarias, mandando entre otras cosas que las mujeres no llevasen en la cabeza mas que tocas blancas y sin ningun adorno, ni usasen bordados de plata y oro, y demás objetos costosos; pero no prohibia las pieles finas. Esta ley, sin embargo, parece que no tuvo el mayor cumplimiento, supuesto que á los dos años despues se espidió otra en Valladolid, señalando los mismos preceptos y algo mas restrictiva, pues prohibia usar mas de cuatro pares de pantalones al año, etc.

Por estas leyes suntuarias de D. Alonso X se puede venir en conocimiento del gran lujo que habia entonces en España. Si se compara con el de estos últimos tiempos, acaso se tendrá por muy moderado; mas si se atiende al estado en que se hallaba entonces la Europa, y lo poco generalizado que estaba, no podrá menos de considerarse exorbitante. En las *Ordenanzas de Francia* no se hace mención de las telas de oro y plata hasta el reinado de Carlos VIII en 1485; y en nuestro país se vieron ya prohibidas en 1234 y 58 por D. Alonso el Sábio. El uso de la seda se encuentra introducido en España desde antes del siglo X, época en que las demás naciones de Europa apenas la conocian.

Otro de los ramos de lujo, el mas general por aquellos tiempos, y que tambien se intentó reprimir por las leyes, es el de las pieles.

M. M.

DE LA INFLUENCIA

DEL CLIMA Y ALIMENTOS

SOBRE LA FISONOMIA HUMANA.

(Continuacion.)

Principiando por la Cataluña, observamos que allí las mujeres son mas corpulentas y fuertes que en las demás provincias: su fisonomía no muy espresiva; tez fresca y blanca, abultadas de pecho, bien formadas, pero poco airoas para moverse, y sus ojos carecen de aquella viveza penetrante de las de otros paises: son muy aseadas, en especial las de la costa de mar, que llevan notables ventajas á las del interior, y mayores proporcionalmente á las de la montaña, hasta en el uso del idioma, que es infinitamente menos des-
apacible.

En Aragon no ha andado la naturaleza demasiado pródiga con el sexo delicado: es país seco; se usan alimentos fuertes y poco jugosos; las costumbres son ásperas y desabridas; las ocupaciones penosas; las ropas ordinarias y sucias; la pobreza escesiva; la civilizacion escasa, y las mujeres se resienten de la influencia irresistible de estas circunstancias. Especialmente en la parte montañosa de aquella provincia apenas se hace percibir la delicadeza del sexo, ni la elegancia de la conformacion mujeril: son escasas de carnes, de pecho enjuto, y de tez no bastante suave ni

fresca que se arruga antes de lo regular. En la capital y tierra baja hay alguna mejoría, menos pobreza y desaseo. No son las aragonesas tan corpulentas como las catalanas; pero tienen en sus ojos mas viveza y espresion, se mueven con mas agilidad, y (si son finas) con gracia.

Las valencianas tienen mas que agradecer á la Diosa de la hermosura; porque las ha favorecido no poco, y ellas no han sido ingratas á estos beneficios, que han procurado conservar por medio del aseo y aun del artificio, que tan bien empleado es cuando con él se tira á embellecer la obra tosca y no pulimentada de la naturaleza. Colocadas en un clima de tan suave, benigna y privilegiada temperatura, y usando de alimentos templados y húmedos, participan de ventajas imponderables sobre las demás. Son, pues, las valencianas de estatura bien proporcionada; de cuello erguido; de gallardo continente, y de elegantes y agraciadas proporciones, aunque de pierna delgada; de tez blanca y suave; de carnes suficientes sin ser escesivas; de pechos bien colocados; de ojos vivos, pero menos fogosos que las andaluzas; de andar ligero y fácil; y á todas estas circunstancias añaden la mucha limpieza; el uso de ropas no groseras ni súcias; su gentil apostura, y sobre todo el mucho agasajo, la jovialidad y el deseo de agradar y complacer: influye mucho en ello el ser allí siempre hermosa y risueña la naturaleza: su habla es menos des-
apacible que la de las catalanas, y muchas veces en algunas llega á ser graciosa.

Las murcianas del país de regadío, colocadas casi en igual ó mejor temperatura, en terreno igualmente hermozeado, usando de alimentos muy análogos, y aun teniendo costumbres muy parecidas, se diferencian poco de las valencianas, aunque les esceden en donaire, agasajo, y aun en el habla: son bien formadas; sus ojos tienen bastante lumbré; la fisonomía animada y espresiva; la cabeza poblada de pelo largo y hermoso. Las que habitan el país seco de aquella provincia se diferencian notablemente de las otras, y

no las igualan en dotes femeniles. Pero en cambio las de Cartajena superan á todas, hasta competir y rivalizar con las andaluzas. La influencia de los rayos solares en esta provincia, donde pocas veces las nubes templan su escesiva claridad, es sin duda ocasion de que adolezcan mas frecuentemente de la vista sus habitantes, y de que haya allí proporcionalmente mayor número de tuertos y ciegos que en las demás.

Si pasamos adelante siguiendo nuestras costas marítimas meridionales, hallamos las regiones fortunadas del Andalucía, cuyas graciosas y risueñas perspectivas fueron asunto de alabanza para los poetas, desde que es conocido el arte de hablar, de escribir y de comunicarse las criaturas. Aquellas fueron siempre las mansiones de las gracias, de los placeres, de la abundancia, del descanso, y de los entretenimientos voluptuosos, á que irresistiblemente se sienten impelidos sus moradores por una fuerza imperiosa que casi no está en ellos poder refrenar ni contrarestar. Como en su vasta estension encierran las dichas Andalucías variedades de terrenos, temples, situaciones, visualidades y escenas, todas á cual mas vistosas, risueñas, benignas y embelesadoras, ofrecen á la imaginacion de sus habitantes (y ellos tambien ofrecen á los demás) el símbolo de la diversidad mas caprichosa, amena y seductiva. Alimentados en parte con la suavidad y ambrosía del aire mismo que respiran (séanos lícito esta espresion), apenas necesitan ni usan de otros alimentos que los que á manos llenas les prodiga la naturaleza en sus inmensos bosques de frutales, plantas y arbustos, que se crían y crecen casi sin cultivo, y brindan á los vivientes con las frutas mas sabrosas y delicadas del mundo: sus moradores todos son sumamente parcos por esa razon; su imaginacion es viva y fecunda, y el desarrollo de la juventud se verifica allí mas pronto que en otras provincias: los ardores del sol, sin darles una tez ingrata ni oscura, les comunica un moreno gracioso que embelesa, y para guarecer sus ojos de la demasiada influencia

de ese astro, les ha regalado el Criador cejas y pestañas pobladas, con lo cual la parte mas animada y preciosa de la fisonomía andaluza no se mira injuriada por los rayos de la ardiente lumbrera del firmamento. Y así como son estas provincias las mas hermosas de la Península, han sido tambien las mas codiciadas de todos los invasores que por ellas se estendieron en diversas épocas, y las que han experimentado igualmente mas vicisitudes, circulando en sus moradores mezclada la sangre de casi todas las razas insignes que han poblado el mundo. Todavía hoy mismo (y así será hasta la consumacion de los siglos) van continuamente á establecerse allí familias de paises ásperos, en pos de la felicidad y de los placeres, las cuales renuevan, vigorizan, varían y amenizan la especie con el cruzamiento.

La feliz casualidad de haberse verificado el descubrimiento del Nuevo-Mundo casi en los mismos dias en que debilitados los árabes de la Andalucía por la molicie del pais, cedieron el puesto á los robustos moradores de las ásperas montañas de Avila, Leon, Asturias, Santander, Soria, Cuenca y Vizcaya, preparó á esta hermosa porcion de paises otro género de goces superiores á los que de suyo poseian. Por allí se abrió el camino á la plata, al oro, y á las producciones esquisitas del otro continente; aquel fué el canal por donde atravesaron para llegar á toda la Europa; y aquella, que era la mansion de las delicias y placeres, se hizo tambien la morada de las riquezas, del lujo, de la ostentacion, de la sociabilidad, y el atractivo de la correspondencia universal.

Todas estas circunstancias han concurrido para dar todavía mayor realce al bello sexo de aquel pais, que por sí mismo tenia sobrados embelesos.

(Se continuará.)